

LA DISCIPLINA EN LA PREADOLESCENCIA Y EN LA ADOLESCENCIA (12-16 AÑOS).

“Propuestas de intervención en el aula” Gómez, Mir y Serrats. Ed/ Narcea. Madrid. 3ª. 1995.

Entre los 12 y los 16 años las estructuras lógicas del adolescente van configurándose lentamente. Para que el chico o la chica conozca y controle las verdaderas consecuencias de las acciones realizadas sobre la realidad ha de saber trabajar con proposiciones (enunciados que representen las hipótesis) que expresen el resultado de haber hallado las relaciones entre los hechos que caracterizan una situación. Se trata de desarrollar el pensamiento hipotético-deductivo.

Saber explicitar cuáles son las condiciones de un problema, crear estrategias conceptuales de búsqueda, de acción y de conclusión es correcto, tanto a nivel cognoscitivo como afectivo. El adolescente que posee estas herramientas puede considerar sus acciones y sus sentimientos como objeto de reflexión. Por el contrario, los adolescentes formados en grupos donde esta capacidad no se valora tienen pocos recursos para conocer sus intereses y necesidades, para autocontrolarse y mantener una disciplina. Es necesario, por tanto, potenciar los elementos necesarios para una participación responsable y activa del adolescente y, en ello, las técnicas de dinámica de grupos juegan un papel relevante.

A menudo nos lamentamos de que los jóvenes de hoy no respetan la autoridad, pero no sirve de nada decirlo y repetirlo si no somos capaces, individualmente o como colectivo de profesionales, de examinar a fondo nuestra forma de mandar o el uso que hacemos de la autoridad, ya que es posible que estemos dando a través de nuestra autoridad una educación negativa y desalentadora o incongruente y tan laxa que no merezca atención ni respeto. Así, en esta etapa basar la educación principalmente en una lucha abierta contra los defectos es caminar al fracaso y al desaliento. Toda educación positiva está ligada con la libertad y el ejercicio de esta libertad. El adolescente quiere ser libre, es el primer valor a darle, pero también es necesario que lo tome bien definido: ser libre equivale a poder elegir, a ser responsable y autónomo; hacer lo que a uno le viene en gana, sin pensar en los demás, no es libertad sino libertinaje. La misión de la escuela es establecer un justo equilibrio entre las exigencias sociales y los derechos del individuo.

La existencia de normas es especialmente importante para el adolescente porque le da seguridad y le permite confiar en que no será rechazado por el resto del grupo. Las normas están relacionadas con los valores que el grupo considera dignos de tener en cuenta (estilo de peinarse, vestirse, hablar, tipo de música, aficiones, léxico, etc.). El entorno social, la familia y la escuela pueden tener valores (en psicología se considera como valor a todo lo que satisface nuestras necesidades: un objeto, una idea, un acontecimiento) que no coincidan con los del grupo del adolescente. Puede sobrevenir con facilidad una guerra de normas entre los profesores y los alumnos y ello, inevitablemente, conducirá a la indisciplina. En este sentido, es adecuado que en la organización de la clase los alumnos jueguen un papel importante: trabajo, tiempo, comisiones, normas y responsabilidades. Buscar unas cuantas normas de disciplina imprescindibles, así como las sanciones correspondientes, es básico.

Nuestra influencia real en el grupo estará más cimentada en la valía personal y en nuestra capacidad de entusiasmo que en la autoridad que oficialmente se nos otorga. El profesor que base su autoridad en el prestigio, que a pulso es capaz de ganarse a los alumnos fuera y dentro del aula, tendrá poquísimos problemas de relación y disciplina. Quien base su autoridad en la fuerza del cargo, sin duda tendrá enfrentamientos con los adolescentes que lo tacharán de impositivo, carroza, etc. Llegados a este punto, es importante saber que les agrada y disgusta a los alumnos de sus profesores:

1- En cuanto a la disciplina.

Les agrada el profesor que es equitativo, que no tiene favoritismos y que no impone castigos extremos.

Les disgusta el profesor que amenaza continuamente, que actúa arbitrariamente, que tiene favoritismos, que es muy laxo, que es muy rencoroso y que es muy riguroso.

2- En cuanto a la instrucción.

Les agrada el profesor que explica, que ayuda y que expone lecciones interesantes.

Les disgusta el profesor que no explica, no ofrece ayuda, no conoce la asignatura y que ofrece lecciones monótonas.

3- En cuanto a la personalidad.

“Propuestas de intervención en el aula” Gómez, Mir y Serrats. Ed/ Narcea. Madrid. 3ª. 1995.

Les agrada el profesor que es paciente, es comprensivo, tiene sentido del humor y se interesa por cada alumno.

Les disgusta el profesor que ridiculiza, es sarcástico, tiene mal carácter, no tiene sentido del humor e ignora las diferencias individuales.

Es primordial tener claro que el aspecto relacional del grupo-clase es lo más importante. Tenemos dos vías que facilitarán una atmósfera productiva:

- Facilitar siempre comunicaciones no académicas, es decir, que el grupo pueda en momentos puntuales dialogar sobre sus problemas e intereses. Esto, aunque parezca contradictorio, no significa perder tiempo para las asignaturas porque permite aprovechar mejor el resto del tiempo para los contenidos académicos.

- Podemos paliar la imposición de contenidos y de objetivos planificando con los alumnos la extensión, el interés, la metodología y la revisión periódica de toda tarea académica.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que es más fácil cambiar actitudes individuales a través del grupo que directamente con el individuo en cuestión. Desde el primer día de clase el tutor analizará la estructura informal de la clase, identificando a los líderes, aislados y rechazados; favorecerá la cohesión del grupo mediante la interacción; y estimulará la colaboración frente a la competición.

Cualquier grupo funciona a dos niveles distintos que van, no obstante, muy unidos: nivel intelectual o de tarea y nivel afectivo o socioemocional. El primero es el más fácil de observar; el segundo está constituido por fenómenos internos, no siempre conscientes, pero que influyen en la vida del grupo: posturas físicas, miradas, silencios, tono de las intervenciones, a quién van dirigidas, con qué frecuencia, qué reacciones provocan, etc.

Si tenemos que trabajar con grupos hemos de conocer cómo evoluciona la formación del psicogrupo o grupo informal. En las fases iniciales de la formación del grupo cada miembro de la clase trata de buscar seguridad, se pregunta qué va a hacerse, cómo va a hacerse, qué conductas son aceptadas, cuál es la estructura del grupo, etc.; en otra fase (fase de identificación) comienzan a formarse subgrupos, se va evaluando la conducta de cada miembro cómo es y cómo se comporta, intentarán dejar las máscaras, ser ellos mismos y buscar el mismo grado de sinceridad en los demás. Algunos alumnos sienten pánico real a esta situación y tienden a agredir para afirmarse o defenderse. Más tarde, superada la tolerancia, llega la fase de la cohesión: se aceptará la discusión y se entra en una fase de auténtica participación, en un clima relajado. Esta fase se nota porque se tiende a la unanimidad y se tiene la conciencia de pertenecer a un buen grupo. Después se va estructurando el grupo hasta que llega a la madurez en que será capaz de autocontrolarse, reflexionar y autogobernarse. Es decir, se toma conciencia de grupo, se reconoce la aportación de cada uno al conjunto del grupo y se reconoce que sólo a través de las aportaciones de todos pueden abordarse los problemas.

Cuando los alumnos de la clase mantienen su relación más allá del horario lectivo y se sienten bien dentro y fuera del aula, es señal inequívoca de una cohesión positiva. Ahora bien, también el grupo puede acabar cohesionado negativamente, entonces los alumnos torpedean los esfuerzos del profesor y marginan o fastidian a los alumnos que intenten trabajar y las conductas disruptivas afloran sistemáticamente.

Lo contrario de la cohesión es la disgregación. La escisión parcial, si sabe superarse, es beneficiosa para el grupo, puesto que le ayuda a madurar y acaba fortaleciendo la cohesión. Algunas de las manifestaciones observables de la disgregación del grupo son:

- Agresiones interpersonales, la crítica y la hostilidad: a veces, los profesores contribuimos a disgregar el grupo al generalizar la crítica a toda la clase. También disgregamos cuando criticamos a las personas y no a las conductas.

- Nadie quiere responsabilizarse, nadie quiere cooperar e incluso se critica a quien se ofrece para ayudar.

- La incomunicación: los profesores somos causantes de ella cuando obsesionados por la eficacia olvidamos la discusión de los temas porque resulta más rápido, o cuando se pide opinión a los alumnos en las sesiones de tutoría y, como los alumnos callan, y nosotros nos sentimos en la obligación de hablar, convirtiendo de esta manera su silencio en un fin. Con respecto a esto, hay que decir que ver siempre la nuca del compañero no favorece la comunicación, y un detalle tan simple como la distribución de las mesas puede facilitarla.

“Propuestas de intervención en el aula” Gómez, Mir y Serrats. Ed/ Narcea. Madrid. 3ª. 1995.